



Fire supply

Guion, Montaje y Dirección: Lucía Seles
 Dirección de fotografía: Sebastián Toro, Guido de Paula, Guillermo Romero
 Sonido: Fernández Jensen, Castillo, Miranda, Reyes Sosa
 Música: Luiza
 Intérpretes: Martín Aletta, Gabriela Ditisheim, Laura Nevole, Susana Pampín, Pablo Ragoni, Ignacio Sánchez Mestre
 Producción: Pablo Piedras, Sebastián Toro, Gonzalo García-Pelayo
 Producción ejecutiva: Magdalena Schavelzon
 Argentina, 2024. 156'.



El repartidor está en camino

Guion y Dirección: Martín Rejtman
 Producción: Un Puma, Terratreme Filmes
 Fotografía: Federico Lastra
 Documental. Argentina, 2024. 82'.

PALABRAS CLAVE: MARTÍN REJTMAN – CINE ARGENTINO – LUCÍA SELES
 KEYWORDS: MARTÍN REJTMAN – ARGENTINE CINEMA – LUCÍA SELES

Entre Lucía Seles y Martín Rejtman: las formas del presente o el cine que se está haciendo ahora

Flavia Garione¹

Es noviembre del año 2024 en la República Argentina. Volvemos de Contracampo, un encuentro de cine argentino que se desarrolla en paralelo al 39º Festival Internacional de Cine de Mar del Plata. Este año, el festival fue cooptado por unknown funcionarixs sacadx de la galera, que forman parte del gobierno de

¹ Profesora en Letras (UNMDP), becaria doctoral del CONICET. Docente del Taller de Oralidad y escritura I en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Organiza desde 2011 el Festival de Poesía de acá en la ciudad de Mar del Plata. garioneflavia@gmail.com

ultraderecha de Javier Milei. Por eso ahora preferimos ir a Contracampo, una iniciativa de cineastas y estudiantes de cine entusiastas, que se desarrolla en el teatro Enrique Carreras.

Una de esas mañanas, en las que esperábamos la segunda parte de la película sobre Corsini de Mariano Llinás, un chico se da vuelta desde su butaca y dice: “Aprovechen para ver la de Seles, la vi hace poco y es increíble”. Le hacemos caso y corremos a sacar las entradas. Finalmente, es eso: lo que dejó de suceder en el Festival de Cine está en otra parte. Aparece, de manera anónima, la sugerencia, el consejo y la conversación, que son el centro de la sociabilidad del cine argentino.

Hacemos un poco de tiempo y vemos *Fire Supply* (2024), de Lucía Seles. Yo ya había visto *Smog en tu corazón* (2022), una de las partes que, junto con *Saturdays Disorders* (2022) y *Terminal Young* (2023), conforman la tetralogía inconclusa *Odio desencadenada*. Me quedo pensando en el título porque choca como un bumerán con esta época: un momento en el que parece que el odio se desató para no parar, odio desencadenado. ¿Cuándo comenzó esto? ¿Nos dimos cuenta tarde? Justamente ayer, Alejandro Kaufman, una persona lúcida, tuiteó algo relacionado al odio que está dando vueltas y escribió: “La forma profundamente criminal en que prosperó el odio a la igualdad y la indiferencia hacia la injusticia es la tragedia que habitamos”. Quiero anotar, como marca de lo que dice Kaufman, dos episodios funestos y terribles de los últimos días que pasaron por las noticias como si fueran una anécdota más (nada tienen que ver con las películas de Seles o de Rejtman, o quizás sí).

En Mendoza, un parrillero murió trabajando, y obligaron al resto a seguir haciendo sus tareas con el cadáver al lado porque era horario pico. En Mar del Plata, un trabajador de una empresa de telecomunicaciones murió haciendo *home office* en su casa, y la empresa que lo contrataba recién se dio cuenta una semana después. La nota de color: un vecino sospechó porque no había sacado a pasear al perro. Pero, ¿por qué, si no me gusta la realidad, tengo que hablar de la realidad para hablar del cine que se está haciendo ahora?

Porque creo que algo de esta aberración aparece, de manera desplazada o condensada, es decir, como procedimientos, en dos películas que vi en Contracampo. Es como si puntearan, de pasada, una robótica cruel, aunque están muy lejos de tener la intención de mostrar la realidad. Hablar del presente está siendo muy difícil para cualquiera, pero algo de ese odio se desató para todos lados y ya no puede detenerse ¿entonces?

Este año, Martín Rejtman volvió a la carga con la película *El repartidor está en camino* (2024), una especie de documental filmado en los primeros meses de la pandemia de 2020, cuando esa tragedia de la que habla Kaufman ya se estaba cocinando, seguramente desde mucho antes. Rejtman decide, enfrentando las dificultades propias de esos días, seguir a uno de los trabajadores de Rappi que, en

medio de ese desborde sereno que fue la pandemia, salía a bicicletear para subsistir: calles desérticas, abolición de la comunidad y negocios de comida rápida a toda máquina sacando pedidos para alimentar a una parte de la población.



No obstante, toma una decisión estética y política interesante. Si bien la película arranca con una asamblea de trabajadorxs, se dedicará a filmar únicamente a un grupo de rapps migrantes venezolanos que, en ese momento, escapaban de las políticas implementadas por el gobierno de Maduro. Digo decisión porque, como sabemos, no solo son venezolanos quienes entregan su cuerpo a plataformas como PedidosYa, Rappi o Uber, sino también argentinxs de todas las edades.

Hay un gesto ahí que no se explica del todo, y que queda flotando en el mejor de los sentidos. Luego, la película se traslada a Caracas, donde se filma, por un buen tiempo, a otros repartidores, los de la empresa nacional que son parecidos a los de acá, pero de color verde. Todos ellos, después de trabajar, practican artes marciales o rapean y también, fieles a la empresa, piden rappi ellos mismos, algo así como zen budistas rapps. No se quejan, pedalean mucho y hablan por WhatsApp con sus familias de manera regular.

Paradójicamente, o en consecuencia inmediata (y esto lo pensé dentro del cine), estos muchachos serían luego los que votarían en masa a Milei en las elecciones de 2023. Esto la película no lo dice, porque se ocupa del cuadro —trágico— anterior. Por otro lado, a Rejtman siempre le interesaron estos fenómenos del capitalismo en su trance posindustrial, como los Renault 12. En *Doli vuelve a casa* (1986), aparece un Pumper Nic. En *Rapado* (1992), el gran protagonista es la moto —como medio de transporte precario, ruidoso y volátil— envuelta en sucesos criminales. En *Silvia Prieto* (1999), están también las famosas promotoras de jabón

en polvo Brite, que hacen una sentada porque un colectivo ha atropellado a una de ellas.



Sin embargo, algo pasa acá. En el cuadro de venezolanos pandémicos expulsados, lo que una se pregunta inicialmente es si eso permite pensar algo más. Digo esto justamente porque quedarse con preguntas después de una película siempre es algo positivo, aunque las posibles respuestas no nos gusten demasiado.

Dicho esto, en el mismo Contracampo aparece una película como *Fire Supply* (2024), de Lucía Seles. Ambiciosa en su tiempo, casi tres horas, y no le sobra un segundo. El “objeto-Seles” rebasa al cine como propuesta estética, al igual que Rejtman, quien usufructuaba el formato del cuento para salirse o correrse del cine cuando no filmaba; en Seles está el teatro —importantísimo—, pero también el espectro performático en un abanico bien complejo que da para largo.

Ahí entran sus libretitas chiquitas, escritas en miniatura, con listas numeradas de ilusiones y agradecimientos; sus "fragments" de cosas y sus colecciones de, por ejemplo, plastificados. Ante todo, Seles es una apuntadora serial y una coleccionista de insignificancias, una constante observadora de las miniaturas y los materiales que nos rodean. Podría decirse también, ya que asistió al Festival de Poesía de acá el año pasado, que Seles es una poeta objetivista y melódica. Esta inscripción de la escritura, menos tradicional que la de Rejtman, en lo real, permite entender por qué sus películas, a pesar de no mostrar ningún sujetx precarizadx, conectan de lleno con este presente odiador que habitamos.

La película de Seles se desarrolla en un complejo de canchas de tenis en el conurbano de la provincia de Buenos Aires. En los créditos se menciona la ciudad de San Fernando, pero el lugar no tiene gran relevancia; podría ser zona oeste, norte o sur: casas bajas, centros comerciales de ladrillo a la vista con algún café perdido, una casa de tatuajes, terminales de micros con techos de chapa, banquitos sucios. Seles muestra lo más deprimente y feo del conurbano, pero logra teñirlo con una luz fascinante, como si lo viéramos por primera vez.



Entonces, están sus personajes: el dueño de la cancha, que heredó el negocio de su padre; el contador enamorado; la tenista que da clases experimentales; Luján – también llamada ‘Mother of CDs’, que trabaja en la recepción; el sanjuanino, y la madre del sanjuanino. Lxs actores, parte esencial del engranaje en Seles, son: Martín Aletta, Pablo Ragoni, Laura Nevole, Gabriela Ditisheim, Ignacio Sánchez Mestre, y Susana Pampín. A excepción de Pampín, el resto no es tan conocido en el cine, lo que constituye un hallazgo, ya que todxs interpretan de manera increíble, precisa, borderline y adorable.

La historia es un devenir constante, que comienza con la muerte de un perro blanco, desencadenando una tristeza en algunos de los personajes porque otrxs, como la tenista, se fastidian. La cámara los sigue nerviosa por los pasillos, en tensión. La tenista les pide a sus alumnos que piensen en su papá cuando le pegan a la pelota y les prohíbe el ingreso a la cancha. Un chico colecciona etiquetas. En el vestuario, el dueño de las canchas y su amigo, el contador, tienen una conversación: “Estoy mal porque me di cuenta de que no quiero a mi papá”, y el otro responde: “Es re normal eso, yo tampoco quiero a mi papá”.



A la vez, hay incomodidad respecto a lxs otrxs, una traba en la sociabilidad, similar a lxs personajes de Rejtman. Ahí hay un reconocimiento y un homenaje: toma ese guante, lo lleva, pero lo lleva al extremo total. Se puede notar también una tendencia hacia la neurodivergencia –algo que creo que todos tenemos, en mayor o menor medida–, que no impide el afecto y la ternura. Porque al final, es un grupo de amigxs que se quieren y se acompañan, que se enamoran entre sí, que comparten penas (como las del perro muerto) y que no caen bajo ninguna normalización, ni familiarismo, viven como quieren vivir, con las obsesiones que les interesan.

Un hijo le busca hotel a su mamá (Susana Pampín) para cumplir su sueño de hablar con el dueño de la pista de patinaje sobre hielo, un hombre muy respetuoso que le cayó bien en el pasado y que no puede sacarse de la cabeza. A lo largo de la película, vemos intervenciones disruptivas sobre las imágenes, mensajes en español, inglés y spanglish observan y comentan algo o revelan pensamientos y acciones de los personajes. A veces, simplemente hablan de jazz, del clima o de los niños en las terminales, desplazando el eje de atención hacia otro lado, como una pelota de tenis algo díscola que sale para cualquier lado.

Seles logra, como Rejtman, sacar provecho de lo que hay, y eso es algo maravilloso que esperamos que continúe en muchas películas más. Encontramos la belleza de habitar un modo posible en medio de la homogeneización de la vida y el consumo efímero, porque ser fan de las guitarras españolas o tener la fantasía de pasear con tu mamá para ver vidrieras y ser feliz con ese poco, es tan legítimo como ser contador en una florería de barrio. Es 2024, gobierna la ultraderecha, pero vemos a Seles y sentimos que lo que vemos, escuchamos y leemos suena a música de ahora.

